

saba esa igualdad que abría paso á los ingenios y les prestaba asilo, ella sola premiando el mérito buscaba las superioridades legítimas, y llamaba á sí á cuantos eran dignos de regir y gobernar los demas, y llevar así la nave del Estado al puerto de salvacion que en las borrascas del mundo debia prestarla asilo: tales fueron las causas humanas que la hicieron amar de todos los pueblos, y protegieron su desarrollo en todos los paises; de este modo se propagó y estableció su dominio. Ella era la sociedad mas popular que jamas se conoció, la única que proclamó la abolicion de los privilegios haciendo reconocer y amarse como hermanos al señor y al esclavo, al rico y al pobre, al magnate y al súbdito; se hizo la mas accesible, la mas franca, la mas protectora de los talentos y de los méritos; así fué que si hubiera necesidad de pruebas no tendríamos que gastar mucho tiempo en buscarlas, ni menos valernos de una estremada elocuencia para hacerlas aceptar; con solo repasar las biografias de sus santos, de sus pontífices, de sus obispos, de su sacerdocio en general, hallaríamos tantas y tales pruebas, que nadie osaria contradecirlas, y hasta sus mayores enemigos se verian precisados á confesarlas; y hecho esto, ¿qué trabajo costaba sacar la consecuencia legítima de lo justísimo y bien adquirido que es el influjo clerical? Creemos que ninguna. Méditenlo los enemigos y enmudezcan, y no nos

llamen con tanta impudencia al palenque donde tan buenas y terribles armas podremos esgrimir, y donde tan seguro puede ser nuestro triunfo y tan cierta y vergonzosa su derrota.

Entre el gobierno civil y el eclesiástico hallamos una inmensa diferencia, hija sin duda de la escelencia del uno sobre el otro, de la bondad del último sobre el primero, y necesario es que nos ocupemos de ella. Apenas se presenta á la imaginacion la idea de un gobierno, cualquiera que sea, concebimos sus pretensiones reducidas á muy cortos límites, y éstos enteramente diversos de los que ocupan al gobierno eclesiástico; así es que, aquel circunscribe sus obligaciones á gobernar los actos exteriores del hombre, sus relaciones civiles entre sí; él no se mezcla en los actos internos, ni tiene en valor alguno al pensamiento, ni juzga de la conciencia, ni entiende en los actos mas nobles del hombre, en la moralidad, en las opiniones individuales, en las costumbres particulares; esto fué en todos los pueblos, sucedió en todos los paises, sucede en el dia; ¿qué seria, pues, de las naciones gobernadas solo de este modo, con tan débil freno los hombres, con tan entera impunidad? ¿qué seria de los pueblos, qué de los gobernantes, qué de los soberanos? No queremos decirlo en muchas palabras, dos solas nos bastan, y ellas expresan todos los males, todos los horrores, todas las desgracias que affigirian á la humanidad. Es



tas dos palabras, lema triste del mundo, serian *Imperio de la fuerza y reinado de la anarquía*. Está dicho todo: estos dos monstruos se disputarian el imperio del mundo si no hubiera un poder que los enfrenara, y este poder es la religion; por esto el gobierno de la Iglesia tiende á sentar su imperio sobre la parte mas noble del hombre, sobre su alma; así es que gobierna el pensamiento, establece reglas para que la libertad no degenera en licencia, refrena las opiniones individuales, arregla las costumbres privadas, modela la conciencia, tiende, en fin, á la moralidad de los actos, y para establecer su imperio, escudo y salvaguardia del civil, establece un código que contiene el catálogo de todas las buenas y meritorias acciones, presentándolas laudables y dignas de recompensa; y á su lado enumera las malas acciones morales que bajo el nombre de pecados hace dignas de castigos y penas eternas, y de este modo estimulando á la virtud y separando del vicio, reprime todos los malos instintos del hombre, refrena sus pasiones, le hace dócil al yugo de la ley, le contiene en los límites de su deber, y así la sociedad puede marchar libre de los males que de otro modo y sin este freno la sucederian, perturbarian su orden y la sumergirian en la anarquía. Es por tanto deudora la sociedad á la religion de un bien inmenso, y el gobierno eclesiástico y su legislacion el mejor y único apoyo del gobierno

civil; el gobierno de la Iglesia es por tanto el mas perfecto.

La Iglesia, gobernada bajo tan santos y sabios principios, regida por hombres tan eminentes, sin más interes que el del bien de sus gobernados, con el Evangelio, ley suprema, produccion de la inteligencia divina y expresion de su amor hácia los hombres por norte y guía, no podia temer ni la opresion ni la tiranía; digan cuanto gusten los impugnadores, pretenda lo que quiera Mr. Guizot, sus frases, por elegantes y bien combinadas que sean, jamas serán otra cosa que discursos de bellas formas, si se quiere, que semejantes á las espumas del mar, vendrán á estrellarse siempre y á desvanecerse en la playa de la verdad y ante las rocas insuperables de los hechos. En la historia los hechos deciden, y la oratoria, por más que preste colorido y belleza á la narracion, jamas podrá competir con la verdad. A los hechos, pues, vamos á recurrir para demostrar que la Iglesia jamas podia propender á la tiranía que nadie, mas que ella, desterró del mundo, jamas podia querer lo malo que ella combatia, jamas aniquilar la caridad, que era el fundamento de su doctrina. Hay ademas, otras razones, que vamos á manifestar. En la Iglesia reinaba el espíritu de discusion, como lo acreditan los concilios; pero no debemos perder de vista que la decision del romano pontífice era la que daba á las determinaciones con-



ciliares la fuerza y vigor que las hacia respetar y obedecer en toda la cristiandad, y por consiguiente que así cumpliera con la obediencia que debía al que Jesucristo entregó las llaves del reino de los cielos, al par que este vicario del pontífice divino sabia que era el siervo de los siervos de Dios, es decir, el criado de sus hermanos, por cuya felicidad y bienestar nada debe perdonar, pues al efecto se le dió el cargo de cuidar el rebaño de Jesucristo, que le dijo: *Pasce oves meas, pasce agnos meos*, y si á su voz debemos todos obedecer sumisos, tambien es nuestro Padre, que cariñoso y eterno, debe procurar nuestro bien, buscar nuestra salvacion y desvelarse por nuestra felicidad, y así era; y de aquí nace que la tiranía es imposible en la Iglesia, y que siempre será esta divina y benéfica madre su mayor enemigo, cuidando con la solicitud de tal su estirpacion, como lo hizo siempre, siendo, segun dejamos demostrado, el único poder del mundo, la única institucion que la condenó, y los sacerdotes los únicos impugnadores que tuvo, los solos adalides que sacaron de entre sus hierros triunfante la humanidad que tenia aprisionada entre sus cadenas ominosas.

No sabemos qué vértigo domina á los hombres de mala fé, que les hace ponerse en tan ridículas y depresivas evidencias; y no concebimos cómo hombres de profunda ilustracion, grandes conocimientos, profundamente versados en la historia,

con una pasmosa serenidad se atreven á sentar proposiciones que la historia misma rechaza, sin temer que alguno pueda desmentirlos; y no solo esto, sino llamando en su apoyo los hechos, esponerlos á una derrota tan poco decorosa; pero ello es que sucede, y que los hombres en cambio de llenar su deseo, no se paran y se lanzan á los precipicios como el caballo desbocado que no ve los peligros y no pára hasta estrellarse. Solo á esto podemos atribuir la calumniosa acusacion de que el gobierno eclesiástico tiende á la tiranía, y de que su organizacion sea la causa; y tanto más lo estrañamos, cuanto siendo como somos católicos, profesamos la idea que la Iglesia no puede engañarse ni engañarnos, y asimismo creemos, que cuanto hace y ordena es lo mejor, lo más útil, lo más benéfico para todos; y sabiendo que la tiranía es un vicio, un esceso, un pecado, no podemos convenir en que la Iglesia, que condena los vicios, corrige los escesos y detesta los pecados, hubiera de ser, digámoslo así, su madre, su fautora, tanto menos creible, cuanto que, como hemos dicho, fué la única que dió libertad á las naciones y acabó con la esclavitud, llevando por todos los pueblos, sin reparar en los peligros y en las dificultades, el código santo de caridad que recibió de su divino Maestro, con el encargo de trasmitirlo á todo el mundo, y en cuyo código está escrito: *Todos somos hermanos*; precepto hermoso, que



desde que se comprende no puede haber esclavos; y allí, donde se predica, debe abolirse la esclavitud. Precepto hermoso, que nos hace detestar la tiranía, no ejercerla, ni aun pensar en ella, desde el momento en que leemos en el Evangelio que no debemos oprimir á nuestros hermanos ni tratar con dureza á nuestros inferiores, cuyo bien debemos procurar, puesto que el Señor los ha confiado á nuestra solicitud para que los amemos como hijos, y ellos nos miren, respeten y amen como padres. Díganos de buena fé, ¿después de tantos trabajos como ha costado al clero la propagacion de esta doctrina, después de tanta sangre como derramó y derrama por plantearla, después de tantos sacrificios como le ha costado establecerla, es creíble su abolicion? ¿Es posible que así faltase á su deber, cuando tantos enemigos acechan sus menores deslices para echárselos en cara? ¿Cuándo tan sin razon se la censura? No. Además, tiene otros deberes el clero que le imposibilitan hacerlo, y estos son los de su conciencia, la infraccion del Evangelio, la responsabilidad ante aquel Señor que, al llamarle al sacerdocio, buscó en él su perfeccion, le impuso el deber de cuidar de su rebaño, de enseñar á los demás, de ser su custodio, su guía, su protector, y no su enemigo y su tirano.

No contentos con llamar al gobierno eclesiástico fautor de la tiranía, con tanto cinismo y tan ne-

cia y maliciosa obstinacion, sin temer á las pruebas, sin pensar que, aunque dispersos y perseguidos, aun podriamos defendernos y confundir la acusacion, y aun lanzarla á la frente de los que nos la acriminan, pasan á otras aserciones no menos fatuas é infundadas, y por consiguiente de tan fácil y victoriosa impugnacion como las que dejamos refutadas; pero haciendo, como hacen, mucho daño, y teniendo como tienen séquito entre cierta clase de gentes que ven, oyen y conciben lo que place á esos maestros que los extravían, verdaderos tipos que describe el Apóstol con aquellas tan sabidas palabras: "Se levantarán pseudo-apóstoles que, halagando los oídos con fábulas, se apartarán de la verdad y propagarán fábulas." Así es hoy contra el clero; sus implacables enemigos, en odio á una religion que condena sus extravíos y llora sus errores, atacan á sus ministros, los presentan al desprecio público, siembran entre los sencillos la calumnia para esponerlos al odio ó al desprecio, sin tener en cuenta principio alguno de moralidad; de aquí sucede, que todo lo atropellan y nada dejan á vida; cuanto ven les parece censurable y digno de ataque, ora sea lo más santo y laudable; de aquí sucede, que ciego de odio su corazón, todo lo atropellan, sin pararse en cosa alguna ni temer las consecuencias de su precipitado y enfermo juicio. Ya acometen una institucion, ya esgrimen sus plumas contra una cos-



tumbre; y así, de todos modos, y por todos los medios y caminos, buscan el descrédito de sus ministros y el menosprecio de la religion. ¡Infelices! piensan arrancar de las sienas del clero las más hermosas flores que adornan su corona, ó al menos marchitarlas, sin tener en cuenta que el Fénix nace más vigoroso de entre sus cenizas y de entre las sombras de la calumnia, sale más hermosa la verdad. Así es que, de entre las sombras con que piensan empañar la religion y oscurecer sus timbres y bellas instituciones, pensamos nosotros sacarlos más esplendentes, como los que sabemos que nunca se destaca con más brillo el sol, que cuando encapotan la atmósfera las nubes; porque al traves de sus negras sombras, aparece más grande y esplendorosa su luz; como quiera, pues, que la malevolencia se ensaña en nosotros, nos proponemos desenmascararla, pero completamente, refutando su calumnia: ya lo hemos hecho con algunos, y el curso de los sucesos nos lleva de unas en otras, por lo cual habremos de seguir las paso á paso, y sus movimientos marcarán precisamente los nuestros, porque ni queremos faltar ni sobrar.

Toca, pues, su turno á la tan manoseada idea de que la Iglesia se niega, segun unos, y segun otros no admite la discusion (pues en esto discordan entre sí); paparrucha que se desvanece tan luego como se reflexiona. Empecemos, pues, su

refutacion, y el resultado nos lo dirán los hechos. Muy desde un principio hubo en el cristianismo luchas. Jesucristo no dijo que vogaria en calma y entre bonanzas la nave de S. Pedro, y así no se podia esperar otra cosa que borrascas y huracanes, tanto mas cuanto previene á sus apóstoles y en ellos al sacerdocio, que estén siempre aprestados á combatir, porque los impíos aguzarán sus lenguas como la serpiente y acecharán como el leon la hora de apoderarse de la presa que han de devorar; y tan cierto es esto, que diez y nueve siglos de luchas lo han acreditado, y que la Iglesia se fundó entre innumerables y poderosas contradicciones. Sola y desvalida tuvo que abrirse paso por entre las corrupciones del siglo, y combatiendo superó al fanatismo de los gentiles, y combatiendo plantó el estandarte de la cruz sobre el capitolio, y combatiendo le hizo adoptar por bandera de sus temidas legiones. Y yo pregunto, ¿cómo fué este combate? ¿se esgrimieron en él dardos, espadas ó lanzas? De ninguna manera; y si algunas hubo no fueron manejadas por los cristianos, que se dejaban degollar impunemente y atormentar sin desplegar sus labios mas que para bendecir y alabar al Señor. ¿Qué opusieron á las armas de sus enemigos? Su constancia y sufrimientos. ¿Qué á los tormentos? La razon y la verdad. ¿Cómo la opusieron? Discutiendo, y véamonos ya en la primera prueba, que manifiesta que no solo no impide la



Iglesia la discusión, sino que la emplea: imponer á la fuerza el yugo suave de la fé no podían hacerlo los hijos del que dijo: "El que quiera seguir en pos de mí tome su cruz y sígame;" y aunque hubieran querido, jamás lo hubieran conseguido doce hombres pobres y desvalidos contra el mundo entero que iban á conquistar. Un gran imperio solo se conquista propagando las ideas y haciendo la revolución en el corazón por medio de la palabra; para desvanecer rancios abusos preciso es impugnarlos, y para impugnarlos discutir, porque solo la discusión ilustra y esclarece la verdad. Véase la historia del mundo y se conocerá que Mahoma proclamó é impuso su ley con la punta de su espada, siendo sacerdote y guerrero á la par, en vez que Jesucristo la impuso por medio de la palabra, y murió víctima de su celo, cuyo ejemplo imitaron sus apóstoles, y hasta el presente los misioneros, porque tienen presente que el Señor les dijo: "Ejemplo os he dado para que imiteis mis obras, y según obró así obréis."

Creo que después de lo dicho nadie se atreverá á poner en duda que la religión de Jesucristo fué propagada por la palabra, y que discutiendo fué como triunfó del paganismo, religión dominante que contaba con las antiguas ideas, con el apoyo de los poderosos, con el jefe del Estado, cuyas pasiones venía á combatir y cuyos privilegios iba á destruir; sigamos la historia, y una se-

rie no interrumpida de hechos vendrá á demostrar que en diez y nueve siglos no se ha separado de esta línea de conducta; que hoy, lo mismo que ayer y siempre, no ha tenido otras armas que las de la razón, y que siempre las ha esgrimido con buen éxito, puesto que la verdad siempre debe triunfar de la mentira, y la razón del sofisma, de la impostura y del error, y así fué efectivamente; y la rápida conquista del cristianismo dice más que nada la razón y bondad de su causa, tanto más si se tienen en cuenta los medios y recursos mundanos con que contaron sus propagadores y los que contaban sus enemigos, puesto que aquellos eran tristes doce hombres elegidos del pueblo, pobres é ignorantes, sin el prestigio que dan el nacimiento, las riquezas y las ciencias, y éstos revestidos de la diadema y la púrpura, amaestrados en los ateneos y areópagos, al frente de poderosos imperios y aguerridas legiones, dominando un mundo que los obedecía como esclavo y que tiranizaban como dueños absolutos y despóticos; circunstancias todas que no parece dejar duda alguna acerca del éxito del combate que se iba á empeñar, y que sin embargo concluyó al revés de como una sana crítica y una recta lógica hubieran creído, y concluyó así porque era la lucha de la razón con la barbarie y de la religión con la superstición, y porque el campo donde se empeñó el combate era el del corazón, y las ar-



mas que se esgrimieron las del discurso y el raciocinio, y estas tienen todos los elementos de triunfo cuando llevan en su apoyo la verdad; así fué que estos pobres pescadores confundieron á los sabios y propagaron la doctrina del Redentor sin otras armas que las de la palabra, sin otros elementos que la discusion y los milagros que el cielo obraba para confundir el error y la mentira.

Derrotado el paganismo en el campo de la razon llevó sus armas al de la fuerza bruta, y las persecuciones estallaron contra los fieles, dándose en los decretos por toda causa que eran cristianos, y suponiéndolos reos de los mayores crímenes contra la religion, la moral y el Estado. Contra la calumnia y la injusticia se levantan los cristianos y reclaman el derecho de defenderse y discutirse, y este derecho se les niega, y á esta petición tan justa se da por toda respuesta el tan sabido apóstrofe: ¡Cristianos á las fieras! y sin oírlos se les encierra, se les arroja á las llamas, se les crucifica, se les manda al tormento y se les lleva á los circos y anfiteatros para que sirvan de diversion al pueblo, y sean pasto de las fieras. Tal fué la conducta que con ellos se observó; así lo escriben las actas de los mártires, así los historiadores cristianos, así los mismos gentiles; de modo que esta verdad aparece por todos atestiguada, hasta por los mismos enemigos, y es de las que no pueden ponerse en duda sin incurrir en el mas

necio pirronismo. Ahora bien: ¿son los cristianos los que se niegan á discutir? ¿son los que rehusan las armas del discurso? ¿ó son sus enemigos? Creemos que no habrá hombre tan estúpido que acuse á los primeros y absuelva á los segundos, que reclame para éstos la preza de discutidores, y para aquellos la de opresores; y si le hubiere, no sabemos ni nos atrevemos á calificarle. No ignoramos que acaso rechazarán estos argumentos por incongruentes y estemporáneos; quizá responderán á ellos, que no son competentes porque se habla de la Iglesia en tiempo de su apogeo y esplendor; pero esta réplica se desvanece, primero, conociendo y sabiendo que la Iglesia fué y quedó constituida esencialmente por Jesucristo su divino fundador, y que despues solo ha adaptado sus formas á los lugares y pueblos á que se ha extendido y propagado, pero siempre conservando su constitucion esencial sobre la cual ha basado todas sus reformas, y por consiguiente que fué siempre y no podrá menos de ser hasta la consumacion de los siglos, protectora de la razon; que si bien sujeta á reglas para que no se extravíe, tambien deja en libertad de raciocinar con sujecion á las reglas que le da por base. Segundo: como prueba de que ni el tiempo ni las circunstancias la han variado en este punto, decimos, que acostumbrados á buscar las cosas en su origen y traerlas por sus pasos contados hasta los tiempos pre-